

inerte y sin amparo, pudieron detener el brazo de los asesinos, á quienes empujaba el vértigo de la muerte, sostenido por el demonio de la ambicion y de la envidia. Ciegos y arrebatados hundieron una vez y otra vez sus puñales en aquel blanquísimo seno, y llevaron su crueldad hasta el punto de no apartarse de su víctima, antes de verla exalar el último suspiro.

Renunciamos á describir aquel horrible cuadro. La madre muerta en su lecho; los inocentes hijos abrazados á ella, trémulos, asustados, buscando amparo en la que no podia prestárselo, cubiertos con la sangre de su madre, mirando entre lágrimas y gemidos á los asesinos, pero sin poder comprender toda la inmensidad del crimen que acababa de cometerse; y los tres malvados caballeros contemplando tranquilos aquella agonía natural y aquel doloroso estupor.

Apartemos la vista de tan horrible cuadro, con lágrimas para la triste víctima, con profunda execracion para sus verdugos.....

Al regresar de la caza el príncipe y al ver de tal modo asesinada á su esposa su dolor no reconoció límites: la imágen sangrienta de Ines estaba constantemente delante de sus ojos, arrancándole suspiros y lágrimas, hasta que pasados los primeros trasportes del dolor, despertóse en su espíritu el natural deseo de la venganza, que solo podia satisfacerse, sacrificando en aras de su amor perdido, la vida de los impíos homicidas. No era sin embargo tan fácil de realizar este pensamiento como de concebirlo: los asesinos de Ines estaban protegidos por el monarca, y era necesario levantarse en son de guerra para conseguir su justo castigo.

Tal obstáculo no fué bastante á detener al irritado príncipe. Unido con Fernandez y Alvaro de Castro, hermanos de la desgraciada Doña Ines, corrió á las armas asolando todas las posesiones de Coello, Pacheco y Gonzalez, y juró que no se someteria hasta que le fuesen entregados los asesinos de su esposa. Las lágrimas y los ruegos de su madre consiguieron sin embargo calmar su enojo, aunque no que renunciase á su venganza para lo porvenir.

Los acontecimientos sucediéndose con rapidez, le pusieron en

ocasion de realizar sus deseos. Alfonso murió en 1357 y el ofendido D. Pedro subió al trono de Portugal.

Los indignos cortesanos Diego Pacheco, Alvaro Gonzalez y Pedro Coello, se habian refugiado en Castilla; pero si el primero huyó á Francia donde murió, los dos últimos fueron entregados al nuevo rey de Portugal por D. Pedro el Cruel. Espantoso fué el crimen que aquellos señores cometieron, pero tremendo fué tambien el castigo que el ofendido monarca les impuso. Conducidos á Portugal fueron juzgados, y convictos de su delito, condenados á muerte: el suplicio ordinario era sin embargo insuficiente para extinguir la sed de venganza que el rey alimentaba; y despues de atormentarles cruelmente, concluyó por hacerles arrancar el corazon, al uno por el pecho y al otro por la espalda, encima de un alto cadalso, quemando en seguida los cadáveres y arrojando sus cenizas al viento. Suplicio horrible que llenó de consternacion á todos los que de él tuvieron noticia, y que D. Pedro presenció con la fria calma de la venganza satisfecha.

II.

Desusada animacion notábase en Castanhedo poco despues de estos acontecimientos. Convocadas las Córtes del reino el monarca queriendo honrar la memoria de su adorada esposa, declaró su matrimonio solemnemente en presencia de los representantes de sus estados y del nuncio apostólico; publicóse el acta de aquel enlace por todo Portugal con la mayor solemnidad, así como la dispensacion del papa Juan XXII que habia precedido á el enlace; reconoció á los hijos de aquel matrimonio con derecho á la corona; y exhumando en la Iglesia de Santa Clara de Coimbra el cuerpo de la muger á quien tanto habia amado, dispuso la vistiesen con las galas de Reina; colocó él mismo sobre

aquella cabeza, apenas desfigurada por la muerte, la corona real, y ordenó á todos los señores de su córte, convocados espresamente para aquel acto, á que la reconociesen por su soberana, haciendo que en señal de vasallaje besaran todas aquellas manos descarnadas, tristes restos de su pasada hermosura.

Concluida esta ceremonia, el cadáver de la infortunada esposa, que reinaba despues de morir, fué colocado en un magnifico carro de triunfo, y transportado á Alcobaza seguido de un brillante cortejo compuesto de todos los mas esclarecidos hidalgos y las mas nobles damas de Portugal. Cubierta la cabeza de los caballeros con una capucha en señal de duelo y arrastrando las mugeres largos mantos blancos, atravesó con funeraria pompa la régia comitiva entre dos filas de hachones sostenidos por hombres del pueblo, colocados en toda la extension del camino de cerca de diez y siete leguas, que mediaba desde Coimbra hasta Alcobaza.

Dos tumbas de mármol blanco primorosamente labradas habia preparado el Rey en el célebre monasterio á donde conducia los restos de su esposa. Iguales ambos, destinó el uno para él; el otro para Doña Ines, cuyo busto colocó sobre el sepulcro en que guardó aquel cadáver tan querido, poniendo tambien en la cabeza de la escultura, una corona para que despues de su muerte reinase aquella infortunada princesa en la memoria de los hombres, como durante su vida habia reinado en el corazon de su esposo.

En vano pasó el tiempo, y los años pretendieron derramar el bálsamo del olvido sobre el corazon de D. Pedro. El amor que éste sentia hácia Doña Ines, vivia siempre en su corazon, como el dia feliz en que escuchó de sus labios su primera palabra de amor. El desgraciado fin de su esposa arrancó inconsolables lágrimas al monarca lusitano hasta que la muerte le unió con ella; y la trágica historia ha pasado á la posteridad embellecida por la poesia así en obras dramáticas, como en el gran monumento de la literatura portuguesa, el poema de Luis de Camoens, con una de cuyas octavas hemos comenzado esta biografia, que terminamos igualmente, repitiendo los

bellisimos versos en que pinta el poeta lusitano, la hermosura de Doña Ines despues de muerta.

«Assi como á bonina que cortada,
«antes do tempo foy, candida, é bella,
«sendo das maõs lascivas mal tratada,
«de minina que á trouxe na capella:
«O cheiro tras perdido, é á cor murchada,
«tal está morta á palida doncella,
«secas do rosto as rosas, é perdida
«á branca, é viva cor, co á doce vida.»